

(1943-2019)

# Jorge Pedraza Salinas

## Vivir es un eterno comienzo

Poco hablaba o escribía de lo mucho que había logrado a lo largo de su trayectoria profesional, pero en las editoriales que por años publicó en *El Porvenir*, se desprenden algunos apuntes de su vida que pueden formar la base de unas enriquecedoras memorias de un universitario completo fallecido el 5 de junio de 2019.

---

POR JORGE PEDRAZA SALINAS

---

*La vida es una verdad maravillosa.*  
Jorge Pedraza

**E**l municipio de Los Herreras está ubicado a 120 kilómetros de Monterrey y a similar distancia de Estados Unidos de Norteamérica. Su cielo es de un azul limpio y el sol es generoso. Los crepúsculos son hermosos. De noche, en la gran bóveda, las estrellas visibles son tantas que resulta imposible contarlas. Tiene un río, el Pesquería, de aguas dulces y tranquilas que bañan y fecundan la tierra. En este territorio la tierra es tan suave que hasta dan ganas de andar descalzo.

En mi pueblo, la gente es feliz con lo que tiene y hasta con lo que no tiene. Por supuesto –y como en otros lados– existen carencias. Los Herreras es un lugar de gente sencilla, buena y noble, que tiene el hábito de dar más de lo que recibe. Y si no tienen nada que aportar, acostumbra gratificarnos con lo más valioso: su mano y su amistad. Por ello, cuando nos tocó proponer el Escudo del municipio colocamos en el centro del mismo un par de manos estrechándose y con la frase latina “In hospitalitate fidelitas”, que significa “Fidelidad en la hospitalidad”.

Ha dado a México y al mundo hijos como el actor y cantante Lalo González “Piporro”, la anecdótica Tía Melchora, el maestro Ernesto Guajardo Salinas, el economista Eliezer Tijerina y el abogado Artemio

Benavides. Y que me disculpen tantos y tantos personajes que en esta ocasión se me escapan.

En este pueblo nacieron los amados abuelos y mi madre. El abuelo se llamaba Francisco Salinas Salinas, conocido en el pueblo como el “Tío Pancho” y entre sus hijos y nietos como Papá Panchito. Era un hombre bueno que nació el mismo año en que surgió el pueblo de Los Herreras, en 1874, gustaba de levantarse muy temprano –a las cuatro de la mañana– para sacarle el mejor jugo a la vida. La abuela, Timotea “Teíta” González de Salinas, la recuerdo preparando en la chimenea la comida hecha a base de las recetas que heredó de sus ancestros y que enseñó a mi madre. En este lugar transcurrió feliz nuestra infancia.

En el patio de la que fue nuestra casa –el hogar de mis abuelos, ubicada en la calle de Hidalgo– había un árbol que jamás olvido. De niño me gustaba jugar con él. Aquel árbol fue un magnífico nido de pájaros y de sueños. Jugábamos en ese patio que era nuestro mundo. En ese lugar el abuelo acostumbraba platicar con nosotros. No había en el pueblo energía eléctrica y la televisión no había llegado, así que había mucho tiempo para platicar. Él nos enseñó que hay que llevar las ilusiones a la realidad. Que son necesarios los valores y los principios. Que debemos amar y tener una razón –o más– para vivir. En otra ocasión me explicó que hay que aprender bien un oficio, de preferencia algo que te guste, que sea tu vocación y

### Jorge Armando Pedraza Salinas

- Nació el 5 de abril de 1943 en Los Herreras, Nuevo León.
- Inició su carrera como periodista en el periódico *El Porvenir* a la edad de 16 años.
- Licenciado en Derecho y Ciencias Sociales por la UANL.
- Maestro en Lengua y Literatura Españolas por la Normal Superior del Estado.
- Director de Difusión de la UANL.
- Delegado Regional del Consejo Nacional de Fomento Educativo (Conafe).
- Director de Comunicación Educativa de la Secretaría de Educación y Cultura.
- Jefe de Promoción Cultural Secretaría de Educación Pública.
- Secretario Ejecutivo del Instituto de Cultura de Nuevo León.
- Director de la Capilla Alfonsina de la UANL.
- Director del Instituto de Investigaciones Históricas.
- Director del Museo Metropolitano de Monterrey.
- Catedrático de la Facultad de Derecho de la UANL.
- Director de las publicaciones *Armas y Letras*, *Hemisferio* y *Universidad*.
- Miembro de la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística y de la Asociación Estatal de Cronistas Municipales "José P. Saldaña".
- Acreedor al Premio Nacional Alfonso Reyes y el Premio Netzahualcóyotl; a las medallas al Mérito Benito Juárez, Rafael Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano, Valentín Gómez Farías, Diego de Montemayor, Alonso de León, José P. Saldaña, al Mérito Cívico de Los Herreras "Eulatio González" y la Presea Estado de Nuevo León.
- Autor de los libros *Juárez en Monterrey*, *Monterrey en 400 libros*, *Los Herreras, raíces de un pueblo*, *Monterrey entre montañas y acero*, *El pasado en el Porvenir*, Alfonso Reyes de cuerpo entero, *La huella de Alfonso Reyes*, *El Palacio de Gobierno, símbolo de Nuevo León* y *Los tesoros de la capilla Alfonsina*.

que lo conviertas en tu misión en la vida, y tratar de hacer bien las cosas lo mejor posible. "El que cree que es bueno para todo —explicó en aquella ocasión—, lo más probable es que sea un bueno para nada".

Qué tiempos aquellos en que deseábamos crecer de prisa y que una excursión a la loma del pueblo nos parecía el más grande y emocionante de los viajes. A menos de un kilómetro estaban la estación del ferrocarril y el río Pesquería en el que la luna y las estrellas bajaban a bañarse.

Recuerdo una ocasión en que en el pueblo se desató una tormenta con truenos, rayos y centellas. Al día siguiente nos enteramos que alguien murió víctima de un rayo. Cuando había tormenta, el abuelo acostumbraba decir: "se puede escapar del rayo, de la raya no".

El año de 1955 llegó a Los Herreras en campaña para la gubernatura del estado el Lic. Raúl Rangel Frías. El candidato llegó al pueblo, bajó del vehículo y fue recibido por las autoridades y el pueblo. Iniciándose el recorrido a pie hasta llegar a la plaza principal. Nuestra casa estaba ubicada en la calle por donde habría de pasar el candidato. Se escucharon los gritos y la música de bienvenida. Don Raúl venía caminando rodeado por hombres y mujeres del pueblo. Salimos y desde la banqueta logramos verlo. El abuelo comentó: "Ojalá sea un buen gobernador". Acompañé al abuelo a la plaza donde el personaje —que después sería mi amigo— daría su mensaje. Con Rangel Frías llegaron al pueblo muchas cosas que antes no teníamos. Llegaron el agua potable, la energía eléctrica, más educación y más caminos. De aquel primer encuentro con Rangel Frías jamás podré olvidar las palabras de mi abuelo Francisco: "Hay que seguir a los buenos. Al hacerlo, aprendes a ser bueno".

Un día tuve que salir de Los Herreras para ampliar los estudios. Tenía yo doce años y tuve que viajar a Monterrey para continuar mis estudios de secundaria. El año 1955 fue el último que pasé en el pueblo. A través del cristal de la parte posterior del autobús de don Pepe Escamilla —el que nos traía a Monterrey y nos llevaba de regreso—, pude ver con tristeza como se iban alejando el caserío y la arboleda. Lo último que pude ver —aún recuerdo— fue la torre de la iglesia del Sagrado Corazón. A bordo, mientras más me retiraba del lugar, un vacío cada vez más profundo se apoderaba de mi ser. Sentí que algo de mí, ahí se había quedado. Un día tuve que salir del pueblo, pero el pueblo nunca salió de nosotros.



Jorge Pedraza entrevista a doña Manuelita Mota de Reyes, viuda del escritor Alfonso Reyes. “Ahí, al pie del Cerro de la Silla, esta gran dama nos pidió que jamás permitiésemos que el nombre de don Alfonso fuera olvidado en su tierra.”

Transcurrieron los tres años de la secundaria y ya estando en la preparatoria, en el glorioso Colegio Civil, sucedió un acontecimiento que sacudió a Nuevo León y a México: la muerte del ilustre escritor don Alfonso Reyes, el 27 de diciembre de 1959. Un grupo de preparatorianos nos entregamos a la tarea de difundir la vida y obra de Reyes. Dimos vida de nuevo al Centro Universitario Alfonso Reyes, el cual originalmente había nacido con Rangel Frías. Ahora yo era el presidente.

En el año de 1960 organizamos un evento cultural para recordar a Reyes. Rangel Frías estaba en el quinto año de su mandato. No había vuelto a verlo de nuevo, pero se presentó una buena oportunidad para acercármele. En la entrada del Palacio de Gobierno lo abordé un día. Bajaba por las escalinatas rodeado por un grupo de amigos, colaboradores y periodistas. Se detuvo para atendernos. Le entregamos la invitación del evento y nos dijo: “Ahí estaré”. Y ahí estuvo. A partir de ese momento, Rangel Frías nos brindó su amistad. Continuamos viéndolo en mayo y en diciembre, los meses en que se recuerdan los aniversarios del natalicio y muerte de Reyes. Un día me concedió el honor de atender

a una invitada suya: la señora doña Manuelita Mota de Reyes, viuda de don Alfonso Reyes. La invitó a viajar a la tierra que vio nacer a su esposo el 27 de diciembre de 1960, cuando se conmemoró en Monterrey y en México el primer aniversario del fallecimiento de don Alfonso Reyes. Ahí, al pie del Cerro de la Silla, esta gran dama nos pidió que jamás permitiésemos que el nombre de don Alfonso fuera olvidado en su tierra. Fue así como surgió una amistad inolvidable.

De aquella primera vez que la entrevistamos en Monterrey ha quedado constancia en la memoria y en las páginas de los periódicos. En el número 311 del semanario *Vida Universitaria*, correspondiente al 8 de enero de 1961, existen varias fotografías de doña Manuelita, su hijo Alfonso Reyes Mota, el gobernador Raúl Rangel Frías, el rector Joaquín A. Mora y el Dr. Enrique C. Livas, entre otros.

Varias veces doña Manuelita estuvo en Monterrey y tuvimos el gusto de atenderla. Varias veces también ella nos invitó a la Capilla Alfonsina. En esas visitas conocimos al Dr. James Willis Robb, catedrático de la Universidad de Washington; también nos encontramos con el Dr. Víctor Everardo Niemeyer

de la Universidad de Texas y autor de una de las mejores biografías del general Bernardo Reyes.

En aquel momento también trabajaba como reportero en *El Porvenir*. Don Rogelio Cantú Gómez, director y gerente de *El Porvenir*, hombre sencillo que poseía un gran poder conciliador, él imprimió a nuestro diario una gran mística. Resultaría imposible dejar de mencionar a don Francisco Cerda, quien acompañó a don Rogelio como subdirector de este diario. Él fue maestro de periodistas, cuando en las universidades aún no existían las escuelas de periodismo. Quienes pasaron por *El Porvenir* nos enseñaron que el periodismo debe servir a la comunidad, reflejando la realidad y aspirando a un mundo mejor. Ahí nos tocó convivir con Jorge Villegas, reportero desde muy joven; con Romeo Ortiz Morales, Armando Fuentes Aguirre “Catón”, Hugo L. del Río, Samuel Flores Longoria, Silvino Jaramillo, Héctor González y con muchos amigos más.

Cuando cumplimos los 18 años, el buen amigo Pepe Fernández Quiroga nos reunió a un grupo de

haber aprendido a leer y escribir”. Ella era la alumna, yo el maestro. Sin embargo, ella me ofreció una gran lección.

En 1962 nos iniciamos como maestro de Literatura en la Secundaria “Fray Servando Teresa de Mier”. A ella invitamos a dictar una conferencia sobre El Quijote al Dr. Agustín Basave Fernández del Valle, quien fue maestro nuestro. “Le voy a suplicar doctor –le dije– que su charla sea algo sencilla, se trata de muchachos de secundaria”. “No se preocupe Jorge –contestó–, entiendo bien lo que usted desea para estos jóvenes”. Una plática que estaba programada para 45 minutos, se prolongó por espacio de dos horas que se fueron volando. El doctor Basave era de esos árboles que cobijan y dan sombra. Al mismo tiempo fue una luz que nos ayudó a transitar por diversos caminos.

El año de 1964, al celebrarse el centenario de la intervención francesa y la estancia en estas tierras del presidente de la república, licenciado don Benito Juárez, escribimos en *El Porvenir* un artículo. La noticia trascendió y causó impacto. ¿El presidente

---

**De elevada calidad humana por su generosidad, el periodista, maestro e historiador Jorge Pedraza, a decir de su amigo Armando Fuentes Aguirre, fue ante todo un hombre sabio.**

---

estudiantes universitarios para invitarnos a colaborar en un hermoso proyecto. Se trataba de enseñar a leer y escribir a personas de escasos recursos económicos que vivían en colonias marginadas del área metropolitana de Monterrey. Para entonces, algunos de los convocados estudiábamos y trabajábamos. Yo trabajaba en *El Porvenir* y estudiaba en la Universidad de Nuevo León. ¿A qué hora realizaríamos esa labor social? “De las siete a las nueve de la noche”, nos dijo Pepe. Yo fui uno de los que aceptaron. Me fue asignada una escuela en la colonia Garza Nieto de Monterrey. Los alumnos fueron llegando y se integró un buen grupo. Una de las últimas personas en presentarse fue una mujer de 80 años. Transcurrieron los meses. Al cabo de un año, durante la entrega de certificados con motivo del fin de cursos, la mujer llegó con una grata sorpresa: traía en sus manos el periódico *El Porvenir* y pidió permiso para leer un texto. Era un artículo nuestro sobre el tema de la educación. “Ese era uno de mis sueños –me dijo–. Yo no quería morir sin

Juárez había estado en Monterrey tres meses y medio precisamente cuando Maximiliano llegó a México? Hasta ese entonces nadie se había ocupado del tema. Incluso en los libros de texto de la Secretaría de Educación el tema no se tocaba. Posteriormente, en los años 1967 y 1968, tuvimos oportunidad de realizar investigaciones en el Archivo de Juárez, ubicado en la Biblioteca Nacional en la Ciudad de México, dirigida en aquel entonces por el maestro Ernesto de la Torre Villar. Producto de dichas investigaciones y otros estudios fue nuestro libro *Juárez en Monterrey*, editado en 1970 por la Escuela Normal Superior. Dos años después, en 1972, apareció una segunda edición, auspiciada por el gobierno del estado con motivo del centenario del fallecimiento del Benemérito de las Américas.

En evento celebrado en el Aula Magna, el abogado Emilio Portes Gil, ex presidente de la república, apadrinó a nuestra generación 1961-1966 de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UANL. Don Emilio nos entregó a cada uno de los



integrantes nuestra carta de pasante y afirmó que nada es más bello ni más satisfactorio que vivir plenamente, intensamente sin falsificar la propia vocación. Llegar a ser lo que cada quien se propone, es ya encontrar el camino de la felicidad personal. Ser útil a la sociedad es, además, realizarse sin limitaciones: simplemente ser hombre en la acepción ecuménica del vocablo. “Quien falsea su vida – aseveró– atenta contra sí mismo, contra sus semejantes y contra las generaciones de su descendencia”.

En el verano de 1966 solicitamos un permiso en el diario *El Porvenir* para estudiar en la Universidad de Texas en Austin, después de haber concluido la carrera de Leyes en la Universidad de Nuevo León. Disfrutábamos de la beca cuando el lunes 1 de agosto de 1966, lo recuerdo como si fuera apenas ayer, los maestros nos han dado la salida temprano. Todos nos apresuramos a salir del edificio para ir a comer, pues pronto tendremos que regresar a las clases vespertinas. Apenas logramos dar unos cuantos pasos cuando nos sorprenden varios disparos. Me encontré con Rafael Salinas, estudiante del ITESM, quien asistía en Austin a los cursos de verano, quien me señaló los cuerpos de dos heridos que se encontraban a unos cuantos pasos de nosotros. Tratamos de prestarles auxilio, pero nos recibió una andanada de balas. Nos refugiamos primero tras unos arbustos. Por fin llegó la policía. Un elemento, desde lejos, nos hizo la señal de que ya podíamos salir de los arbustos hasta llegar al edificio de Economía. Tan pronto llegamos, una bala pegó en la pared a unos cuantos centímetros de nosotros. Una hora y media nos pasamos en el edificio de Economía. Un policía de nombre Ramiro Martínez subió a la torre de la Universidad desde donde disparaba Charles Joseph Whitman, un joven de 25 años de edad que había sido miembro de los marinos de Estados Unidos, y de seis balazos lo mató. Al saberse que ya había pasado el peligro todos salimos de los edificios.

El mismo día que sucedieron los hechos, inmediatamente pasamos la noticia a *El Porvenir* a través del maestro Francisco Cerda. Como “el crimen del siglo” fue calificado en su momento la acción de Whitman.

En los años de 1967 y 1968, cuando realizamos estudios de posgrado en la Ciudad de México, las visitas a la Capilla Alfonsina fueron más frecuentes. Cuando doña Manuelita falleció, continuaron su labor



su hijo, el doctor Alfonso Reyes Mota y su nieta Alicia Reyes “Tikis”, quien desde 1965 era la directora de la Capilla.

Alicia continuó trabajando para consolidar la obra de su abuelo. Se crearon el Premio Nacional Alfonso Reyes y el Premio Internacional Alfonso Reyes. A nosotros nos tocó el honor de recibir en la Capilla el primer Premio Nacional Alfonso Reyes en 1974, en un evento en el que estuvieron presentes el gobernador de Nuevo León, doctor Pedro Zorrilla Martínez, el rector de la UANL, doctor Luis E. Todd; y el Lic. Raúl Rangel Frías.

En la década de los setenta, con el apoyo de Alicia, los nuevoleonenses trabajamos en un ambicioso proyecto: conseguir que la Capilla Alfonsina se trasladara a la tierra de su creador para dar servicio a los universitarios. Ahora contamos con dos capillas, la de la Ciudad de México y la que está ubicada en la Ciudad Universitaria, frente a la Torre de Rectoría de la UANL.

Lo que siempre la agradeceremos a Alicia, además de que haya facilitado el traslado de los libros de la capilla a nuestra tierra, es que gracias a ella conocimos personalmente a Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Cásares, Octavio Paz, Alí Chumacero, Juan José Arreola, Emmanuel Carballo, José Emilio Pacheco, Paulette Patout, Agustín Yáñez, Rodolfo



Usigli, Alicia Zendejas, Luis Mario Schnaider, Jaime Labastida, Fernando Curiel, Héctor Perea, Helia María Corral, Adolfo Castañón, Javier Garciadiego, Miguel Capistrán, entre otros.

A principios de 1987 se crea el Instituto de la Cultura de Nuevo León. Ninguna figura mejor que la del Lic. Rangel Frías para hacerse cargo de la dirección general del mismo. Integra un organismo en el que estarán presentes las diversas manifestaciones del arte: el teatro, la música, la danza, la pintura, el cine, la literatura, la extensión cultural escolar y la investigación histórica, entre otras. Fue entonces cuando surgió la oportunidad de estar más cerca de él. Don Raúl nombró en la

Secretaría Ejecutiva del ICNL, al niño que conoció en 1955 en Los Herrera, Nuevo León. En lo personal, mi agradecimiento por haber permitido estar cerca de uno de los hombres más grandes que ha dado nuestro estado a lo largo de toda su historia.

Al recordarlo, viene a nuestra memoria los gratos momentos que compartimos. Su compañía era una constante enseñanza por la que desfilaban desde los clásicos hasta los dichos populares. De las múltiples lecciones que nos brindó, deseo recordar aquella que resumió en unas cuantas palabras, mientras celebraba uno de sus cumpleaños en su finca de San Francisco. En aquella hermosa tarde de marzo, junto a la montaña y bajo un cielo azul que esperaba ya la llegada de la primavera, nos dijo: “Recuerden siempre que vivir es un eterno comienzo”. También acostumbraba decir que la vida es término, pero también principio. Nuestra generación es una generación afortunada, nos ha correspondido el honor de compartir parte del tiempo de Alfonso Reyes y de Raúl Rangel Frías, dos hombres que han contribuido a la grandeza de Nuevo León y de México.

Hacer amigos es una de las cosas más importantes de la vida. Cada vez que se habla de la amistad y el amor, desfilan por nuestra mente las imágenes de los amigos y de los familiares tan amados, los padres y los abuelos, la esposa, los hijos, nietos, tíos y primos. Los amigos de la infancia y de la juventud, los amigos de ayer, de siempre y de ahora, los maestros del aula y a los maestros en la vida. Quienes nos extendieron su mano, que nos cobijaron con su sombra y los que nos han iluminado con su luz, quienes han reído y llorado con nos

tros. La gente del pueblo de nuestra infancia; esa tierra que se nos ha metido por los poros de la piel y que junto con la sangre viaja por nuestro cuerpo para llegar a la mente y al corazón. Ahí conocimos a nuestros primeros amigos, después de nuestros padres: los abuelos. Es difícil encontrar en otros seres tanto amor, sin pedir nada a cambio. Cuando lamentablemente los perdimos, nos preguntamos qué podíamos hacer para compensar su dedicación, su ternura, su generosidad. La respuesta llegó cuando nacieron los hijos y vinieron los nietos. Entonces imaginé el rostro sonriente del abuelo Francisco Salinas Salinas que me decía: “Dales a ellos lo que nosotros te dimos”.

Disfrutemos a la familia y a nuestros amigos. Vivamos cada instante, cada minuto, cada hora, cada día. Trabajemos por engrandecer nuestra tierra y contribuyamos a la realización de un mundo mejor.